

El travestismo

Por ENRIQUE GUARNER

EL emperador Elgolábalo que gobernó Roma sufría de travestismo. Se dice que a su llegada a la gran ciudad en el año 219 apareció vestido con una túnica de seda de color púrpura exageradamente bordada en oro. Sus mejillas exorbitantemente maquilladas de rojo y las cejas así como los ojos, delicadamente retocados. Alrededor de su cuello colgaba un gran collar de perlas y una corona enjovada sobre la testa. Se dice que el emperador nunca usaba el mismo anillo dos veces.

Elgolábalo amaba la música y solía cantar en forma entonada. También gozaba al tocar la flauta o la corneta. Sus banquetes se hicieron famosos y solía gastar 10 000 sestercios en una cena, donde en los platos principales aparecían perlas y piezas de oro.

Las aguas de sus piscinas eran perfumadas con esencia de rosas y sus cuartos de baño se adornaban con ónix y el metal áurico. Cuando Elgolábalo viajaba lo acompañaban hasta 600 carruajes repletos de costosas vestimentas femeninas.

Las historias sobre su depravación sexual no tenían fin y se rodeaba de eunucos y homosexuales. A la edad de 20 años se hizo circuncidar y hasta pensó en emascularse para honrar a los dioses.

Un adivino le dijo que sufriría una muerte violenta y preparó su posible suicidio con cordeles de seda roja para ahorcarse, espadas en oro y venenos encerrados en frascos acicalados con zafiros y esmeraldas. Sin embargo, el famoso emperador no tuvo la oportunidad de matarse puesto que fue asesinado en la letrina de su dormitorio mientras defecaba.

Entre otros personajes históricos que fueron travestistas cabe citar al rey Enrique III de Francia, quien al ser hijo de una madre tan dominante como fue Catalina de Medicis y un padre ausente se hizo homosexual. Este monarca desarrolló un carácter afeminado, de tal manera que llegó a aparecer en un baile con un collar de perlas colgando del cuello y aretes en las orejas. Alrededor suyo siempre hubo una docena de «mignons» que se pintaban en la misma forma que las mujeres de la corte.

También fueron famosos como travestistas el hermano de Luis XIV, Felipe Duque de Orleans y el diplomático y escritor Francois de Cholsy, quien al no poder detener sus impulsos ingresó al clero alcanzando el grado de abate.

Connotadas travestistas femeninas fueron la escritora George Sand, quien llamaba la atención en su época por su atuendo varonil. James Barry alcanzó el grado de inspector de la armada británica y fue descrito como «afeminado» hasta que se descubrió que era una verdadera mujer. Nicholas de Raylan participó en la guerra Hispano-Americana ascendiendo hasta oficial y vivió toda su vida como un hombre hasta que al morir en 1906 se supo que pertenecía al otro sexo.

Estudios antropológicos han demostrado que el travestismo es tolerado y aceptado entre los esquimales, ciertas tribus de la Polinesia y Madagascar. En algunos grupos hasta se puede escoger el género al que uno quiere pertenecer integrándose en el mismo. A veces los transvestis se transforman en consortes de los jefes o caciques, haciendo parejas homosexuales.

El primer trabajo científico sobre este tema aparece en la «Psicopatía Sexualis» que Krafft-Ebbing publicó en 1905. En ella denominó al trastorno «metamorfosis paranoide», porque pensó que los individuos que la sufrían presentaban ideas de persecución.

El término travestismo fue acuñado por Magnus Hirschfeld en 1910 cuando clasificó a los pacientes en: 1.- Homosexuales definidos; 2.- Bisexuales con atracción

a las mujeres viriles y a los hombres afeminados; 3.- Heterosexuales puros; 4.- Asexuales con diversos grados de impotencia que se sienten satisfechos con alguna ocupación como mujeres y 5.- Variedad narcisista con satisfacción de la parte femenina.

Según Hirschfeld, el acto de cambiar de modo de vestir puede no ser tan importante como el tinte dramático que otorga la fantasía, cuando la persona se mira en el espejo y observa la imagen distorsionada que le otorga la ropa. Aparentemente se busca adoptar los modismos de las mujeres sin manifestar decepción con la constitución anatómica.

Lógicamente los psicoanalistas desde el principio comenzaron a prestar atención al transvestismo. William Sadger pensó que el vestirse de mujer era un intento del hombre de identificarse con la madre. Según este autor los niños suelen adquirir los hábitos de sus progenitoras y desean usar las ropas de ellas. Wilhelm Stekel consideró que el individuo travestista utiliza como fetiches los adornos femeninos. Karl Abraham describió el caso de un paciente que en fantasía deseaba ser mujer identificándose con la madre y gozaba al ponerse su ropa interior.

Sandor Rado en 1955 pensó que el travestista se estimula orgámicamente con la persona inalcanzable como es la figura materna. Según este mismo autor en todos los pacientes que sufren el trastorno, existe un cierto grado de exhibicionismo bisexual.

Para Otto Fenichel, el travestista se considera como una mujer fálica. El cambio de ropa tiene un doble propósito: primero es un acto erótico utilizando como fetiche el atuendo femenino y segundo constituye una acción narcisista buscando el amor del padre. Cabe añadir que al través de este gesto mágico al vestirse como una niña se solicita el amor de la madre.

Más recientemente Leo Berman ha señalado el problema del travestista como una incapacidad del YO en el proceso de la percepción de los objetos, de tal manera que los genitales masculinos por su componente agresivo deben ser enmascarados.

Cualquiera que sea la teoría psicoanalítica más aceptable tenemos que pensar que un factor que encontraremos en la inmensa mayoría de los casos de travestismo, es la influencia materna. Ella incita al hijo a ponerse la ropa femenina, porque en su mente existe la idea de: «quise tener una niña y para no sentirme decepcionada te convertiré en una». Es por eso que al futuro travestista se le niegan las diferencias anatómicas, se le hace jugar con muñecas o con criaturas femeninas de su misma edad. Como el pequeño idoliza a la madre comienza a aceptar el papel que se le asigna y se desarrolla un proceso que podríamos denominar de «feminización» de la conducta. Frecuentemente se le deja que crezca o se le peina con bucles. El vestido no es otra cosa que un símbolo de una identificación defectosa.

Por otra parte el padre que podría interferir con el dominio materno suele ser una persona alejada del hogar y que no tiene contacto con su hijo. Este rechazo va acompañado por falta de afecto y no influye en la creación de una identidad masculina.

Aunque no todos los travestis sean homosexuales, no existe duda alguna de que la inversión está latente o reprimida. Algunos solamente utilizan ropa interior de mujer y su grado de inversión es menor, pero en análisis pronto se descubrirá la presencia del problema.

Los términos masculino y femenino son componentes básicos de la estructura de la personalidad. Cualquier inversión sexual envuelve elementos del Yo que dan lugar a un determinada forma de conducta y esta última es más importante que el interior físico o anatómico. Es así como los gestos, los movimientos corporales y la forma de caminar son adquiridos; mientras las dimensiones o complejidad, el potencial muscular, la profundidad en la voz y los genitales se relacionan con la constitución del cuerpo.

Por lo tanto cuando una persona piensa, siente y actúa con las características del sexo opuesto, tenemos que concluir que ha ocurrido una inversión. Asimismo diremos que falta autenticidad o que se actúa en forma fingida transformando algo que no es real. Un niño nace integrado biológicamente a un sexo y es la madre quien puede transfigurarlo en el opuesto, si ella lo feminiza interiormente.
